

REUNION DE GOBERNADORES DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL Y DEL BANCO MUNDIAL *

I. Discurso pronunciado por J. De Larosière, Presidente del Directorio Ejecutivo y Director Gerente del Fondo Monetario Internacional, al presentar el trigésimo octavo Informe Anual del Directorio Ejecutivo a la Junta de Gobernadores del Fondo.

Señor Presidente, el año pasado, cuando nos reunimos en Toronto, la economía mundial enfrentaba la combinación de circunstancias quizá más crítica de la posguerra. La recesión continuaba agravándose. La inflación y los tipos de interés seguían siendo muy altos los problemas de deuda de varios de los países más endeudados podían tornarse inmanejables de un momento a otro. Había peligro de que los mecanismos financieros internacionales se paralizaran y desataran una nueva contracción del comercio y los flujos de capital que acentuara más aún la disminución de la actividad económica.

Hoy, un año después, vemos que se ha hecho mucho para conjurar este peligro. Ha comenzado la recuperación económica en el mundo industrial. La inflación, aunque aún es alta, ha disminuido, permitiendo que bajen un poco los tipos de interés. Y se ha adoptado una estrategia concertada para el ajuste y el financiamiento de la posición externa de los países prestatarios. Sin embargo, queda mucho por hacer. La recuperación de los países industriales aún es geográficamente limitada y la estructura de la demanda, en la cual se basa, no es lo suficientemente amplia. La economía de muchos de los países muy endeudados tendrá que pasar por un largo periodo de convalecencia antes de que pueda ser dada de alta. Además, hay otros problemas que no han cedido, como la difusión del proteccionismo y la inestabilidad de los mercados de cambios, por no citar sino los más graves.

En mi alocución de hoy, voy a referirme sucesivamente a dos cuestiones muy vinculadas entre sí: qué puede hacerse, por un lado, para fomentar una recuperación duradera y, por otro, para consolidar el avance logrado en la solución de los problemas de ajuste y financiamiento de los países muy endeudados. Luego, a la luz de estas observaciones, consideraré cómo y en qué condiciones puede contribuir el Fondo Monetario Internacional a afianzar el sistema monetario y financiero internacional.

1. La recuperación en el mundo industrial

a) *Situación actual.*

Llevado por la economía norteamericana, el mundo industrial ha empezado a salir de la recesión más grave y prolongada del periodo posbélico. Se estima que en julio, la producción industrial de los siete grandes países in-

dustriales superó en casi 6 por ciento el nivel mínimo a que había bajado en diciembre del año pasado. El producto nacional bruto (PNB) del grupo de países industriales, según las recientes estimaciones efectuadas en el Fondo, está aumentando a una tasa anual de entre 3 y 4 por ciento y seguirá haciéndolo más o menos al mismo ritmo en 1984.

La recuperación del producto y la demanda fue acompañada y facilitada por un continuo descenso de la inflación. En los países industriales, la tasa anual media de aumento del índice de precios al consumidor, que todavía en el primer trimestre de 1980 era de más o menos 13 por ciento, se ha reducido a cerca de 5 por ciento en los últimos doce meses. Si bien es cierto que esta evolución favorable se debe en parte a factores especiales y temporarios, es alentador constatar que la tasa de aumento de costos básicos —y especialmente de los salarios— se ha desacelerado, y que la productividad, tras haber disminuido en un largo periodo, está aumentando nuevamente. Esto hace pensar que hay buenas perspectivas de lograr nuevas conquistas en el frente de la estabilidad de los precios.

La recuperación también ha afectado favorablemente los precios de los productos básicos y las perspectivas de crecimiento del comercio mundial. Para agosto de 1983, los precios de los productos básicos, cuyo nivel fue sumamente bajo en el último trimestre de 1982, habían subido cerca de 14 por ciento. Este aumento apareja una pequeña mejora para la relación de intercambio de los países en desarrollo en 1983, después de cinco años de disminución continua y pronunciada, y acrecienta sus posibilidades de participar y, con el tiempo, de contribuir a la recuperación general. El comercio mundial, cuyo volumen se contrajo 2.5 por ciento en 1982, aumentará un poco este año, y más en 1984.

Pero aunque estas perspectivas han mejorado, hay aspectos de la recuperación que seguramente siguen preocupando a los rectores de la política. Para comenzar, la recuperación hasta ahora se limita a relativamente pocos países. Aunque la demanda está aumentando rápidamente en Estados Unidos y Canadá, en muchos otros países la actividad económica solo ha empezado a acrecentarse recientemente, y en otros todavía se está en la fase descendente del ciclo. Más inquietante aún es la falta de dinamismo y de equilibrio en la estructura de la expansión de la demanda. Hasta ahora, la demanda se ha alimentado con los gastos de consumo sensibles al interés, y el aumento de las existencias. Pero la inversión fija —que es el elemento que impulsa la productividad y el crecimiento a más largo pla-

* Washington, D. C., 27 de septiembre de 1983.

zo— sigue siendo flojo. Esto indica que la confianza se ha ido recobrando lentamente en el sector empresarial y que los tipos de interés todavía son demasiado altos.

b) *Políticas para el futuro.*

En las actuales circunstancias, el objetivo central de la política económica es consolidar la recuperación en marcha y procurar que se propague y mantenga. Como señala el comunicado de Williamsburg, esto exige que se eviten las adaptaciones a corto plazo, motivadas por circunstancias pasajeras de las políticas adoptadas, y que se apliquen resueltamente políticas acertadas a medio plazo. Es la estrategia que han adoptado casi todos los países industriales y que, por lo visto, está prosperando. Debemos tomar como base este buen resultado inicial. Los elementos ya adoptados de la estrategia a medio plazo deben mantenerse y los aspectos de la política actual que siguen siendo insatisfactorios deben rectificarse. Detallaré ahora qué implican estas ideas en términos concretos.

Primero, hay que proteger la mayor estabilidad de precios que se ha logrado. Si volvieran a cobrar impulso las conjeturas inflacionarias podrían hacer tambalear la recuperación. Para que eso no suceda, es necesario que las tasas de aumento de los agregados monetarios sean, y puedan considerarse, compatibles con una mayor desacceleración de los aumentos de precios. Sé que algunos observadores temen que en ese caso los tipos de interés sigan siendo altos y resulte más difícil promover la reanimación de la inversión. No comparto esta opinión. Entiendo que si los tipos de interés son altos hoy día —y lo son— es fundamentalmente porque se teme que la competencia por los fondos de los mercados de capital se intensifique en el futuro. Pero esta situación no se soluciona aflojando las riendas de la expansión monetaria, sino reduciendo las expectativas inflacionistas y mejorando el equilibrio entre el ahorro disponible y las demandas que deben atenderse con ese ahorro.

Esto me lleva a una segunda observación: la necesidad de un plan verosímil para reducir los déficit fiscales de los diversos países —incluso Estados Unidos— con déficit presupuestarios estructurales altos en relación al ahorro disponible. Este es quizá el más importante elemento de política que queda por instituir. Ahora que ha empezado la recuperación, lo primero que tendrán que hacer estos países es tomar medidas para poner en práctica una estrategia a mediano plazo capaz de restablecer el equilibrio fiscal. Esta estrategia es en realidad el único medio de acrecentar la confianza del público en que las autoridades nacionales están decididas a terminar con la inflación y a hacer todo lo necesario para que los tipos de interés bajen en forma duradera. De lo contrario, casi con seguridad no habrá más que dos alternativas, ambas inconvenientes. Por un lado, la continuación de esos déficit en algunos de los principales países, combinada con el mantenimiento de una política de restricción monetaria, seguiría impulsando

el alza de los tipos de interés y distorsionaría el empleo del ahorro mundial, poniendo en peligro las posibilidades de alcanzar una recuperación equilibrada y duradera. Por otro, la persistencia de grandes déficit presupuestarios, combinada con una política monetaria menos restrictiva tendría consecuencias aún más graves porque reavivaría la inflación y socavaría el crecimiento económico. Incuestionablemente, a medio plazo, hay una estrecha relación entre la inflación y los tipos de interés. Tratar de reducir los tipos de interés aumentando la oferta monetaria, además de inútil es contraproducente. En la coyuntura actual, la adopción de medidas firmes en materia de déficit presupuestarios estructurales servirán para desvirtuar las expectativas inflacionistas y reducir las presiones sobre los mercados de capital. Mientras no se anuncie y aplique esta clase de política presupuestaria, todo el peso de la lucha contra la inflación recaerá en la política monetaria.

Un tercer elemento fundamental de política tendrá que ser el de las reformas estructurales destinadas a mejorar las condiciones que propicien una expansión duradera de la inversión privada. La responsabilidad fiscal es una de esas condiciones. También lo es la formulación de procedimientos de fijación de salarios que vinculen como corresponda el costo del trabajo con las variaciones de la demanda del trabajo. El alto costo del trabajo ha sido uno de los factores que ha inhibido el aumento de las oportunidades de empleo, especialmente en Europa. Contribuyó a que la rentabilidad del capital disminuyera casi un 50 por ciento en los países industriales desde fines del decenio de 1960. Sin niveles adecuados de utilidades, la inversión no puede reanimarse. Son la clave de una reanimación duradera de los niveles de empleo e ingreso. Otro aspecto de las políticas estructurales que hay que reexaminar es la naturaleza de la ingerencia del gobierno en la industria. En esta época de cambio tecnológico rápido y generalizado, las prácticas y estructuras industriales deben ajustarse a las variaciones de la ventaja comparativa. Si se resisten esas variaciones, sea con reglamentación, medidas proteccionistas, subsidios a las industrias decadentes, u otros medios, se producen rigideces que a la postre malogran los objetivos que pretendían fomentarse.

El cuarto elemento, muy importante y estrechamente relacionado con la necesidad de mantener la flexibilidad estructural, es la resistencia al proteccionismo. La recuperación solo puede tener una base firme si se logra en el marco de un sistema de comercio liberal y abierto que permite que los países aumenten sus ventas internacionales de los artículos en que tienen una ventaja comparativa. La difusión del proteccionismo ha sido una característica alarmante de nuestra experiencia reciente. Envenena las relaciones políticas y económicas de los países e impide que los frutos de la recuperación sean compartidos por los países, especialmente del mundo en desarrollo, que más necesitan mercados extranjeros abiertos. Por eso considero muy positiva la especial importancia que han dado los

líderes de los siete grandes países industriales reunidos en Williamsburg a la necesidad de detener el proteccionismo, y el compromiso que han asumido de suprimir las barreras al intercambio a medida que avanza la recuperación. El Fondo, por su parte, seguirá colaborando estrechamente con el GATT con la misma finalidad y está dispuesto asimismo a tomar todas las iniciativas prácticas que cuenten con el respaldo de sus países miembros para propiciar un comercio más abierto.

2. Ajuste y financiamiento en el mundo en desarrollo.

La recuperación que ya ha comenzado en los países industriales aún no ha llegado a los países en desarrollo. Es más, 1983 se perfila como un nuevo año de crecimiento inferior a 2 por ciento para el grupo de países en desarrollo no petroleros. Por tercer año consecutivo, el nivel de su PNB per cápita sigue estancado, sino es que se ha disminuido. Y este promedio, desde luego, no revela las vicisitudes de cada país del grupo, que en muchos casos han implicado una enorme reducción de su bienestar económico. Además, muchos de estos países han luchado con graves problemas de financiamiento externo. Los orígenes de estos problemas han sido tema de extensos análisis y son conocidos por todos nosotros. Por lo tanto, solo me referiré a los problemas fundamentales de política que plantea la situación actual.

a) *La necesidad de ajuste.*

En los años transcurridos hasta 1982, muchos países en desarrollo vinieron acumulando deudas a un ritmo excesivo. Desde 1973 hasta 1981, la deuda total pendiente de los países en desarrollo no petroleros aumentó a una tasa media anual de cerca de 20 por ciento. Buena parte de este aumento estaba constituido por los créditos a tipos de interés flotantes de las instituciones financieras privadas, sostenidos gracias a la conjetura de que la inflación mundial iba a continuar y a facilitar el servicio del creciente volumen de deuda. Ahora se sabe perfectamente que esta conjetura se basa en un supuesto falso.

Era imposible que la tasa de aumento de precios a que se había llegado en los últimos años no menoscabara gravemente el crecimiento económico y el empleo si no se frenaba. Es más, la experiencia de la década de 1970 demostró con elocuencia que la inflación, cuando se afianza, mina las fuerzas y la resistencia de la economía de los países y fomenta la recesión. Era perentorio detener la inflación y restablecer tipos de interés reales positivos que incentivarían debidamente el ahorro. Con el tiempo se adoptaron medidas que iniciaron el proceso de desinflación. Desde luego, este proceso, con los elevados tipos de interés prevalecientes, no pudo dejar de tener consecuencias penosas para los países muy endeudados. Estos países no tienen más remedio que reducir su endeudamiento externo, y eso los obliga a reducir su absorción neta de recursos del exterior.

b) *La magnitud del ajuste en marcha.*

De modo que los países deudores tuvieron que ajustarse a las nuevas realidades. Los resultados de ese ajuste se hacen cada día más obvios. Aunque hay algunos países que tienen que tomar medidas de peso para solucionar sus problemas de pagos, el ajuste de balanza de pagos sigue afirmándose en todo el mundo en desarrollo. Ya se ha logrado un alto grado de ajuste externo. Según las proyecciones, el déficit de la cuenta corriente externa del grupo de países en desarrollo no petroleros en 1983 se situará en 14 por ciento de sus exportaciones de bienes y servicios, proporción mucho menor que la de 23 por ciento en 1981, y algo más baja que la del período 1976-1978. Esta mejora se basa en una reducción masiva del déficit comercial combinado de este grupo, que se proyecta en \$ 40.000 millones para 1983, o sea, aproximadamente la mitad de su nivel hace dos años.

El Fondo ha desempeñado una función decisiva respaldando el proceso de ajuste ordenado de balanza de pagos en el mundo en desarrollo. Actualmente, mediante los acuerdos ampliados y de derecho de giro, está apoyando financieramente los programas de más de 46 países. El avance que éstos han realizado hacia el ajuste externo ha sido muy alentador, sobre todo teniendo en cuenta las graves dificultades de financiamiento externo de muchos de ellos. El déficit combinado de la balanza en cuenta corriente de los países con acuerdos ampliados o de derecho de giro en vigor se proyecta en \$ 34.000 millones en 1983, más o menos la mitad de su nivel nominal de 1981, y el de la balanza comercial, en \$ 17.000 millones, un tercio del nivel de hace dos años.

c) *Ajuste y crecimiento.*

Se ha alegado que las medidas de ajuste requeridas de los países deudores retardan su crecimiento y, en consecuencia, acentúan las influencias recesionistas en la economía mundial. Este planteo revela un equívoco fundamental y no ofrece ninguna solución. En cuanto el nivel del déficit externo de un país empieza a sobrepasar el del financiamiento externo que puede obtener, la única alternativa que tiene el país es contener el déficit dentro de los límites dictados por el financiamiento externo a su disposición. No puede decirse que ese proceso perjudique la recuperación, ya que ésta no puede basarse en un nivel de comercio superior a la capacidad de financiarlo de los países importadores.

Con programas de ajuste integral como los respaldados por el Fondo, el proceso de ajuste es mucho menos duro de lo que sería sin ellos. Al proporcionar recursos financieros a los países que ejecutan programas de ajuste y franquearles mediante esos programas, directamente o como agente catalizador, el acceso a cuantiosas sumas de financiamiento externo adicional (por término medio, un cuádruplo del financiamiento del propio Fondo), el Fondo hace posible el mantenimiento por los países deficitarios de un nivel de

importación más alto que alcanzarían por sí solos. Los programas de ajuste también contribuyen a moderar la reducción de la importación al ayudarlos a explotar más su potencial exportador. Sin embargo, a la postre, las posibilidades de un ajuste promovido por la exportación dependen de la firmeza y durabilidad de la demanda mundial y de que se mantenga, e incluso amplíe, el acceso de los países en desarrollo a los mercados del mundo industrial, punto éste sobre el cual me extenderé más tarde.

En este momento quisiera ilustrar las ideas que acabo de exponer valiéndome de un ejemplo concreto. Tomemos el caso de México. La notable mejora ya conseguida de la posición externa de México prueba que las políticas de ajuste, cuando se ejecutan con firmeza, dan resultados positivos, en el segundo semestre de 1982, antes de la adopción del programa con el Fondo, el valor en dólares de las importaciones de México se redujo alrededor de 50 por ciento por debajo de los niveles de un año antes. A pesar del mínimo del primer semestre de 1983, y de que se puso en práctica un riguroso programa de restricción de la demanda interna, la importación ha venido aumentando y se prevé que este aumento continuará. Este resultado se debe a la adopción de un programa de ajuste plausible, la tonificación de los ingresos de exportación y la reanudación del acceso a los recursos financieros externos, franqueada por la resolución con que las autoridades nacionales acometieron la ejecución del programa. Tomando todos los países para los cuales el Fondo aprobó nuevos acuerdos en 1982, vemos que la importación disminuyó 21 por ciento durante ese año, o sea, antes de cumplirse el primer año de ejecución. En estos programas se contempla una recuperación de la importación a partir de este año. Según las proyecciones, la importación aumentará 8 por ciento en 1984 para los 31 países con programas apoyados por el Fondo sobre los cuales hay proyecciones.

De este modo, al contribuir a mantener la importación de los países que han adoptado programas de ajuste, el Fondo contribuye a mantener el crecimiento. Además, en una perspectiva a medio plazo, los programas de ajuste apoyados por el Fondo incorporan políticas cuyo objeto es eliminar los factores que obstaculizan el crecimiento. A continuación mencionaré algunos de los elementos de política de esos programas.

En primer lugar, una tendencia generalizada que tiene que contrarrestarse es la que hace que el gasto del gobierno aumente más rápidamente que el ingreso. Esto ocurre casi siempre por razones comprensibles, pero los resultados son archiconocidos: excesivo endeudamiento externo, monetización de la deuda pública, crecientes presiones inflacionistas, acaparamiento de fondos con el consiguiente desplazamiento de la inversión del sector privado y, en cuanto estalla la crisis de financiamiento externo, medidas para restringir el gasto del gobierno que no distinguen como corresponde entre lo productivo y lo improductivo. Por eso, la clave de una estrategia acertada de desarrollo, y

una condición esencial del crecimiento, está en volver a adoptar una postura prudente de política fiscal coordinada con medidas de estímulo al ahorro interno.

Lo segundo que se necesita es un tipo de cambio que incentive la producción del país y la inversión del ahorro interno en el país, y no en el exterior. Un tipo de cambio adecuado casi nunca puede suplirse satisfactoriamente con incentivos especiales *ad-hoc* que permitan obtener o economizar ingresos en divisas. Estos mecanismos suelen distorsionar la asignación de recursos y llevar a la ineficiencia, y requieren recursos administrativos que podrían emplearse más eficientemente con otros fines. De modo que una política realista de tipo de cambio contribuye a promover tanto el ajuste como el crecimiento.

Tercero, en los programas de ajuste generalmente se requieren reformas estructurales que aumenten la capacidad de producción y mejoren las perspectivas de crecimiento a más largo plazo. La supresión de las distintas formas de rigidez en los mecanismos de fijación de precios, la mejora de los sistemas tributarios, mayor eficiencia de las empresas del sector público y la reestructuración de los planes de desarrollo según lineamientos más realistas se encuentran entre los asuntos más importantes que característicamente requieren atención. En los últimos años, ha habido una colaboración más intensa entre el Fondo y el Banco Mundial para conseguir que el proceso de ajuste de balanza de pagos sea compatible con el constante avance hacia los objetivos de desarrollo. De ahí la creciente importancia que venimos dando a las medidas estructurales destinadas a mejorar la asignación de recursos y a aumentar la capacidad de oferta.

De modo que en los programas de ajuste respaldados por el Fondo se trata de abordar estos problemas de gestión de la demanda y reforma estructural. Y los hechos demuestran que estas políticas contribuyen a promover el crecimiento. Por ejemplo, los países para los cuales el Fondo ha aprobado acuerdos en los últimos 12 meses se encontrarán con que su tasa de crecimiento ha aumentado en 1983, y con que se están dando las condiciones que permitirán la reanudación de un crecimiento más firme y duradero el año que viene y los siguientes. No se trata de optar entre el ajuste y el crecimiento, sino entre el ajuste, o más inflación y más desempleo.

d) Necesidad de mantener el financiamiento.

Ya me he referido a la magnitud del ajuste en marcha en el mundo en desarrollo. Aunque es grande, no debemos olvidar su elevado costo social y político, ni las grandes penurias que impone a corto plazo a una serie de países. Algunos ya están alcanzando los límites de la tolerancia social y política de sus esfuerzos de ajuste. Esto subraya la necesidad crucial de que haya corrientes financieras suficientes que sostengan y hagan menos penoso el proceso de ajuste. Para superar la difícil situación actual, todas las partes que proporcionan financiamiento internacional

tendrán que continuar cooperando estrechamente y tomar plena conciencia del interés mutuo en la preservación de la estabilidad financiera. El complemento indispensable de las resueltas medidas de ajuste de los deudores es la comprensión informada de sus acreedores.

Esta comprensión ya ha dado resultados positivos. En el caso de varios de los principales países deudores, la inminencia de la crisis ha sido conjurada con las medidas tomadas en forma concertada por el Fondo, los gobiernos, los bancos centrales, el BPI, otros organismos multilaterales y los bancos comerciales. Pero el peligro no ha desaparecido. La reciente colaboración tendrá que prolongarse durante varios años y para afianzarla es necesario i) que todos los bancos comerciales acreedores, pequeños y grandes, participen en esfuerzos de reestructuración; ii) que los créditos a los países grandes no detraigan fondos para los países más pequeños; iii) que en los flujos de capital y el restablecimiento de una estructura más viable de la deuda, el crédito oficial desempeñe un papel importante, y iv) que los créditos se proporcionen en términos razonables.

Los recursos del Fondo, aunque constituyen un componente importante del volumen de financiamiento internacional, son relativamente pequeños en comparación con los de los acreedores privados. Este año, por ejemplo, en que el financiamiento del Fondo alcanzará niveles sin precedente, su contribución neta representará menos del 20 por ciento del déficit en cuenta corriente de los países en desarrollo. Aunque se necesitará el continuo financiamiento de los bancos comerciales en apoyo de los programas de ajuste que están ejecutando muchos países deudores, el nuevo crédito bancario neto que se requerirá en el próximo período será de una escala mucho menor que la que habría correspondido al ritmo insostenible registrado nada menos que en 1981. Es evidente que habrá que intensificar el uso del mecanismo de transmisión basado en una intensa participación de los bancos comerciales, característico de la financiación internacional de la década pasada. En este sentido me referiré brevemente a dos formas de corrientes de capital que tienen que acrecentarse.

Primero, la inversión directa extranjera debe desempeñar una función cada vez más importante. Esta inversión, no sólo evita que los países se extralimiten con la deuda, sino que además suele facilitar la transferencia de tecnología y capacitación y está directamente vinculada a la formación de capital productivo. El peligro de futuras crisis de servicio de la deuda disminuye en el grado que aumenta la proporción de transferencias de recursos en forma de inversión directa. Los gobiernos de los países con problemas de servicio de la deuda tienen que tomar medidas eficientes para atraer inversión directa extranjera.

Segundo, en el futuro, la principal fuente de financiamiento externo de los países en desarrollo más pobres es la asistencia oficial para el desarrollo. Los países de bajo ingreso se encuentran entre los más seriamente afecta-

dos por el empeoramiento de la relación de intercambio hasta 1982. Su escasez básica de recursos, infraestructura subdesarrollada y las dificultades que les crea toda medida que pueda comprimir más aún sus ya bajos niveles de vida han estorbado sus programas de ajuste. Para estos países el valor marginal de nuevos recursos extranjeros, que les permitan —como generalmente ocurre— activar el uso de recursos internos complementarios que de lo contrario permanecerían sin utilizar, es muy superior a su costo para los países donantes. El papel del Banco Mundial y de otros organismos multilaterales de desarrollo en la canalización de ayuda externa en términos concesionarios al mundo en desarrollo reviste una importancia muy especial. El aumento de las corrientes de asistencia oficial para el desarrollo es esencial para un proceso de ajuste ordenado. Además, rendirá dividendos, no solo en términos del desarrollo económico de los países que la reciban, sino también en términos de su capacidad de contribuir a la recuperación mundial.

3. El papel del Fondo en el afianzamiento del sistema monetario internacional

Me he detenido en los problemas del ajuste y financiamiento de los países en desarrollo. Entiendo que si no se solucionan satisfactoriamente resultará imposible restablecer la confianza en la estabilidad del sistema monetario internacional. Ahora me referiré a otros dos aspectos del sistema monetario internacional en que hay que incrementar la función del Fondo: primero hablaré de la supervisión y luego, de la liquidez internacional.

a) Supervisión y evolución de los tipos de cambio.

Mucho se ha avanzado en el sentido de la convergencia de las tasas de inflación de los principales países. Sin embargo, sigue habiendo fluctuaciones de los tipos de cambio que no parecen estar relacionadas con variaciones fundamentales de la competitividad. Esta clase de fenómenos no inspiran confianza en el sistema y pueden generar tendencias de balanza de pagos insostenibles a plazo medio. A veces la inestabilidad del tipo de cambio se ha usado como justificación para instituir medidas proteccionistas en los países cuya moneda parece sobrevalorada.

La vuelta a una mayor estabilidad de los tipos de cambio de las principales monedas es una meta importante. Es evidente que en las actuales circunstancias las intervenciones en los mercados de cambios no pueden desempeñar más que una función limitada. Pueden contribuir a atenuar las situaciones de desorden que se producen en los mercados de cambios como indica el informe, publicado en marzo de este año, del grupo de trabajo sobre intervenciones en los mercados de cambios establecido en la conferencia cumbre celebrada en Versalles. Se admite generalmente, si embargo, que la intervención no sirve para invertir la inestabilidad fundamental de los tipos de cambio derivada de resultados y políticas económicas divergen-

tes. Uno de los principales objetivos de la supervisión que ejerce el Fondo es promover una mayor convergencia y una mayor estabilidad de políticas y condiciones económicas en los principales países. Esto exige que la supervisión no se limite a las medidas tomadas directamente en los mercados de cambios, sino que abarque todos los aspectos de la política económica que puedan afectar a los pagos internacionales y la estabilidad de los tipos de cambio. Además, nuestra supervisión debe ser imparcial. Las obligaciones de los países con superávit son iguales a las de los países con déficit. Es más, en muchos aspectos son mayores. El mundo trata de seguir el ejemplo de los países fuertes para establecer políticas acertadas a plazo medio y evitar soluciones fáciles de corto plazo.

Una estrategia responsable de política en las circunstancias actuales requiere no sólo que se aliente la recuperación y que se siga reduciendo la inflación. Requiere que se adopte una combinación de políticas internas capaces de lograr estos objetivos sin perjudicar a los países con que se comercia. El Fondo seguirá prestando especial atención a este aspecto de sus funciones de supervisión en el curso de sus consultas regulares con los países miembros. En estas consultas se analiza mucho más que antes la interacción internacional de la política económica nacional y si ésta afecta el buen funcionamiento del sistema internacional de comercio y pagos.

La supervisión multilateral de un número limitado de países industriales en colaboración con el Fondo, adoptada hace más o menos un año, constituye una medida discreta pero muy importante y positiva para comprender mejor los problemas actuales y para ponerse de acuerdo sobre las políticas que se necesitan para solucionarlos. Además de eso, y para que esta labor sea plenamente eficiente, es esencial que los países miembros consientan en tener debidamente en cuenta en sus medidas de política las indicaciones derivadas de estas consultas.

b) *El Fondo y la liquidez.*

Un segundo campo en que las decisiones actuales afectarán la evolución a más largo plazo del sistema es el del suministro de la liquidez, tanto condicional como incondicional. Aunque los países miembros aún no están en condiciones de decidir si procede o no una nueva asignación de DEG en el momento actual, los sucesos del año pasado han demostrado la necesidad vital del crédito condicional del Fondo para cubrir las insuficiencias súbitas de financiamiento disponible y para facilitar la adopción de políticas adecuadas de ajuste. En este momento quisiera rendir homenaje a las autoridades de Arabia Saudita cuya previsión y espíritu de colaboración internacional permitieron que el Fondo instituyera la política de mayor acceso en marzo de 1981. La adopción de esta política ha dado al Fondo los medios que necesitaba para resistir en forma significativa las crisis de 1982.

La asistencia del Fondo sigue necesitándose y prevemos que nuestros nuevos compromisos netos seguirán situán-

dose a un nivel elevado por algún tiempo. En estas circunstancias, es vital que se dote al Fondo con los recursos necesarios para que los países miembros puedan confiar en que los buenos programas de ajuste seguirán teniendo suficiente apoyo. El acuerdo a que se llegó en febrero para aumentar 47,5 por ciento las cuotas del Fondo y triplicar el crédito que puede obtener conforme a los AGP incrementará mucho los recursos que puede usar la institución.

Pero he de subrayar que estos aumentos propuestos apenas si cubren el mínimo que exige el desempeño del cometido del Fondo de mantener un proceso de ajuste ordenado. Si no llegaran a ratificarse rápidamente, la institución se paralizaría y esto podría tener consecuencias incalculables en la estabilidad financiera y económica mundial. Habría que reducir el acceso de los países miembros a los recursos del Fondo y correr el riesgo de que se malogre el frágil avance conseguido en la cura de la economía de los países en desarrollo. Aumentaría la tensión a que están sujetos los mecanismos financieros privados y sus consecuencias bien podrían extenderse a las estructuras financieras externas de los países acreedores acrecentando las presiones sobre los tipos de interés y el sistema monetario internacional. Las repercusiones de esta secuencia de acontecimientos en el crecimiento y el comercio mundial dan una idea de la gravedad que esto entraña para todos los países.

Es muy urgente conseguir recursos adicionales por dos razones. Los recursos que el Fondo puede emplear están sujetos a presiones cada vez mayores debido a las crecientes demandas de financiamiento de balanza de pagos de los países miembros que adoptan programas de ajuste. Además, el Fondo ha comprometido un volumen de recursos mayor que el que tiene a su disposición, lo que ha dado en llamarse déficit de recursos para atender compromisos. Actualmente, este déficit de recursos prestados para atender compromisos se eleva a DEG 4.100 millones y se prevé que aumentará más o menos DEG 6.000 millones para fines de 1983. Es de importancia primordial que el Fondo atienda esos compromisos concertando nuevos acuerdos de préstamos de DEG 6.000 millones dentro de muy poco. De lo contrario, cuando comience 1984 el Fondo tendrá afectados casi todos sus restantes recursos ordinarios no comprometidos en tanto que la política de mayor acceso que ya ha instituido implica compromisos de recursos prestados. Si las cosas no cambian, el Fondo corre el riesgo de no poder mantener la incuestionada liquidez y pleno uso de los recursos de los países miembros que lo ha caracterizado. Ya me he visto obligado a tomar medidas para no dar curso a nuevas negociaciones con recursos de la política de mayor acceso, y el Directorio Ejecutivo tendrá que tratar el asunto y las medidas que puedan tomarse para conservar la liquidez del Fondo inmediatamente después de estas reuniones.

Por lo tanto, es de crucial importancia que los países miembros perfeccionen la ratificación de la octava revisión general de cuotas de modo que las nuevas cuotas entren en

vigor para fines de noviembre. Dado el peso de Estados Unidos en las cuotas del Fondo, es esencial una actuación decidida e insistente del Congreso estadounidense en este asunto. Además, hemos de confiar en que los países miembros que pueden conceder préstamos al Fondo sigan colaborando con la institución. Este apoyo también será necesario después que entren en vigor las nuevas cuotas. Es más, la realidad actual exige la continuación de una política significativa de mayor acceso, como acordó el domingo último el Comité Provisional. El financiamiento de esta política requerirá nuevos préstamos al Fondo en los próximos años, sobre todo si se tiene en cuenta que los problemas de ajuste y deuda seguirán en pie por varios años.

* * *

Señor presidente, al comenzar mi discurso señalé que la situación económica internacional es mucho más brillante que cuando nos reunimos en Toronto. Y así es. Pero como he indicado, queda mucho por hacer. A mi juicio tenemos que trabajar en tres frentes. Primero, la recuperación tiene que consolidarse, y al respecto nunca se encarecerá demasiado lo importante de afianzar las políticas, sobre todo en los grandes países industriales, y ajustar la combinación de esas políticas de acuerdo con los lineamientos que he reseñado. La recuperación debe realizarse plenamente en beneficio de toda la economía mundial. Segundo, hay que resistir las fuerzas del proteccionismo e invertirlas. Los beneficios del proteccionismo son efímeros. Los costos aumentan y perduran. Los sienten todos, pero especialmente los países en desarrollo, el servicio de cuya

deuda solo puede ser atendido con una economía mundial abierta. El mantenimiento de mercados abiertos por lo tanto no es meramente un concepto abstracto. Es una condición esencial para recuperar el impulso del progreso económico de asegurar la prosperidad de todos los países miembros. Por último, no debemos permitir que los problemas de deuda se compliquen. No hay duda de que hemos avanzado en este frente, pero el peligro no ha desaparecido y, si no actuamos, la situación bien podría escapárenos de las manos. En este sentido, el Fondo debe estar equipado financieramente para continuar desempeñando su papel único de financiar programas de ajuste ordenados, que son el único expediente para que desaparezcan las crisis de deuda.

Esto es lo que debe hacerse. Y puede hacerse. La resolución de estos problemas requerirá medidas de todos los países miembros. Medidas que no se limitan al futuro inmediato, sino que se extienden al futuro en forma duradera. Esas medidas también deben integrarse a un contexto mundial. La recuperación debe realizarse plenamente en beneficio de la economía mundial. Por tanto, es preciso que se apliquen altas miras económicas para poder ver más allá de los problemas de carácter interno y los intereses concretos, fijándose en los beneficios mutuos que se derivarán de las medidas cooperativas. La cooperación no es fácil. Pero la experiencia de 37 años del Fondo nos indica que es posible lograrla y que, en definitiva, es la única forma de progresar. Confío en que pueda reforzarse el espíritu de cooperación que ha sostenido al Fondo durante el reciente periodo de dificultades, para que podamos salir airoso del reto ante nosotros.

II. DISCURSO DEL SR. A. W. CLAUSEN ANTE LA JUNTA DE GOBERNADORES DEL BANCO MUNDIAL Y DE LA CORPORACION FINANCIERA INTERNACIONAL

Señor Presidente, señoras y señores:

Bienvenidos todos a estas reuniones anuales.

Progreso e innovación, he aquí las dos palabras que creo resumen mejor la actuación de vuestras instituciones durante el ejercicio económico de 1983.

El Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) aprobó \$ 11.100 * millones de nuevos préstamos, lo que representa un aumento de casi el 8% con respecto al ejercicio de 1982. Se implantaron nuevos métodos de empréstitos y préstamos durante el ejercicio, al igual que nuevas técnicas de cofinanciamiento con bancos comerciales, y un volumen de utilidades muy favorable permitió efectuar reducciones importantes de las comisiones iniciales sobre los préstamos.

La Asociación Internacional de Fomento (AIF) realizó operaciones por valor de \$ 3.300 millones, de los cuales una proporción mayor que nunca se destinó a los países de Africa del Sur del Sahara, zona que es nuestra máxima

prioridad regional. Los compromisos de la AIF denotaron un aumento con respecto al ejercicio anterior, pero sin embargo fueron menores en un 30% al programa crediticio inicialmente adoptado para el periodo de la sexta reposición de recursos.

Enfrentada a difíciles condiciones mundiales, la Corporación Financiera Internacional (CFI) efectuó un volumen de inversiones sin precedentes y amplió sus actividades en los países miembros más pobres y pequeños.

Los sectores de agricultura y desarrollo rural y de energía representaron aproximadamente la mitad del total de las operaciones crediticias del BIRF y la AIF, y seguirán siendo los que reciban mayor financiamiento.

Asumió sus funciones un nuevo Directorio Ejecutivo que ha desempeñado una labor muy constructiva a

* Todas las cantidades de dinero se expresan en su equivalente en dólares de los Estados Unidos.

vuestro nombre. Asimismo, el personal del Banco Mundial y de la CFI realizó sus actividades de importancia vital con energía y habilidad.

En los meses venideros continuaremos desplegando nuestros mejores esfuerzos por hacer que vuestras instituciones sean instrumentos aún más eficaces al servicio del desarrollo económico.

Estamos ante un ingente desafío. Pero en esta época de viajes espaciales, instrumentos electrónicos para las masas y comunicaciones mundiales instantáneas, no cabe duda de que existen los medios para enfrentarlo.

Los obstáculos que se oponen al logro de un nivel de vida decoroso y digno para cientos de millones de seres en el Tercer Mundo no se encuentran tanto en el ámbito de la tecnología moderna como en las vacilaciones de los que detentan el poder para hacer posible la consecución de ese objetivo.

Es imprescindible que trabajemos juntos para eliminar esos obstáculos.

Si en estas reuniones puede aunarse la voluntad política para asegurar el progreso de los cientos de millones de pobres que hay en el mundo, con ayuda de nuestras instituciones, habremos realizado un buen trabajo esta semana.

Señor Presidente:

Cuando nos reunimos un año atrás en Toronto se cernía sobre nosotros la sombra progresiva de la regresión económica mundial, y no podíamos decir con seguridad que la recuperación estaba ya a la vista.

Hoy se observan alentadoras señales de que esa sombra comienza a retroceder. Con la recuperación en marcha aquí en América del Norte y en varios países de Europa Occidental, hay indicaciones de que la peor recesión mundial desde la depresión de los años treinta puede estar llegando a su fin.

Esta es una buena noticia, pero debemos moderar nuestra satisfacción con una dosis adecuada de cautela. La recuperación económica tiene tres dimensiones: rapidez, magnitud y duración. Es la duración la que cuenta y serán las medidas que adopten los dirigentes de los países tanto industriales como en desarrollo las que decidirán si la recuperación será breve o sostenida.

No es que no sepamos qué medidas es preciso adoptar; si lo sabemos.

Tampoco es que no tengamos los instrumentos para realizar el trabajo; si los tenemos.

Lo que falta es un firme compromiso por parte de la comunidad internacional para actuar mientras tenemos todavía la oportunidad de hacerlo.

Hoy deseo hablarles francamente acerca de cómo debemos utilizar tres de esos instrumentos a nuestra disposición: las tres instituciones de las que ustedes son accionistas y en cuyo nombre tengo el privilegio de dirigirles la palabra esta mañana.

Desearía comenzar refiriéndome a la situación económica que actualmente enfrentan los países en desarrollo.

Las repercusiones de la recesión de tres años de duración en los diferentes países en desarrollo han sido muy variadas. Sin embargo, la mayoría ha experimentado, en diverso grado, la disminución de la tasa de aumento del ingreso per-cápita, el estancamiento de los ingresos gubernamentales y graves dificultades de balanza de pagos y servicio de la deuda. En muchos casos el hacer frente a estas dificultades ha llevado a serias reducciones de los planes de inversión y a la desaceleración de proyectos en marcha, con efectos adversos en la productividad y el crecimiento futuros.

Si bien los países en desarrollo han tenido que luchar con un ambiente económico hostil en todo el mundo —mercados estancados, bajos precios de los productos básicos, mayor proteccionismo y elevados tipos de interés— la gravedad de las repercusiones de la recesión ha dependido tanto de la estructura económica de cada país como de la manera en que las naciones han decidido ajustarse a las conmociones externas.

Varios países importadores de petróleo de ingresos medios con políticas comerciales orientadas al exterior han logrado mantener el impulso del aumento de las exportaciones y evitar nuevos y graves problemas de endeudamiento. Al hacer incapié en la eficiencia y la competitividad, y al actuar con relativa cautela en materia de endeudamiento externo y políticas fiscales, han creado la flexibilidad económica necesaria para salir airosos de situaciones difíciles.

Pero otros países de ingresos medios que habían contraído préstamos demasiado cuantiosos y habían realizado menos ajustes durante los años setenta, han sido muy afectados por los elevados tipos de interés y han tenido que deflactar drásticamente sus economías ante la crisis de liquidez.

Los países de ingresos medios con acceso a capital externo pueden decidir cómo reaccionar ante las presiones económicas mundiales. En términos de política económica amplia pueden utilizar este capital para impulsar la realización de ajustes estructurales, como por ejemplo cambiar la producción orientándola hacia el aumento de las exportaciones y la eficiente sustitución de las importaciones, o pueden utilizarlo para ayudar a postergar el ajuste. Los que deciden mantener los niveles de consumo reduciendo las inversiones a la larga pagan el precio de un ajuste más difícil en años posteriores, o deben estar dispuestos a aceptar un periodo más prolongado de crecimiento lento. Por otra parte, los que reestructuran los programas de inversión, aumentan el ahorro interno y no obstaculizan las exportaciones, después de un periodo de transición relativamente breve comienzan a cosechar los frutos de la mayor eficiencia de sus economías.

Sin embargo, para la mayoría de los países de ingresos bajos o los menos desarrollados, las decisiones han sido

mucho más difíciles, pues su flexibilidad en materia de políticas es limitada. Por ejemplo, sus niveles de consumo ya eran bajos, y las disminuciones adicionales para mantener las inversiones han aumentado el sufrimiento de millones de seres humanos.

En el aspecto favorable, los dos países más grandes de bajos ingresos, China y la India, han soportado la recesión con una alentadora adaptabilidad. Debido a que dependen en menor grado del comercio exterior y a que tienen deudas comerciales externas de modestas proporciones, estos países han sido menos afectados por los altos tipos de interés.

La situación de los países de bajos ingresos de África al Sur del Sahara es completamente diferente. Los problemas económicos de la región, que datan de muchos años, han sido considerablemente agravados por la recesión y no menos por su fuerte dependencia de las exportaciones de productos primarios en una época de menor demanda. El ingreso *per-cápita* de la región está bajando y a fines del decenio de 1980 bien podría ser inferior a su nivel de 1960. Para invertir esta aterradora tendencia se requerirá una combinación de reformas de política en muchos países, precios más altos de los productos básicos y un apreciable aumento de la asistencia internacional en condiciones concesionarias para la región.

Las dificultades de los países en desarrollo se aliviaron a causa de la caída de los tipos de interés y los precios del petróleo el año pasado. Cada disminución de un punto porcentual de los tipos de interés en euros dólares ahorra a estos países más de \$ 2.000 millones netos en pagos de intereses en un año. Para los países en desarrollo importadores netos de petróleo, cada rebaja de un dólar del precio de un barril de petróleo reduce su cuenta anual de importaciones en \$ 2.000 millones. Las recientes reducciones del precio del petróleo han creado problemas para los exportadores, pero es probable que dicho precio aumente nuevamente en el futuro. Esta perspectiva debe impulsar a los países en desarrollo importadores de petróleo a persistir en la aplicación de medidas tendientes a conservar energía y a procurar activamente encontrar nuevas fuentes nacionales de energéticos.

Al mirar hacia adelante, debemos ser muy cuidadosos en nuestros supuestos acerca del nivel y la duración de la recuperación. El crecimiento sostenido en los países industriales, como el que lograron en los años cincuenta y sesenta, no puede darse por sentado. Las presiones inflacionarias pueden haberse frenado por el momento, pero los tipos reales de interés siguen siendo históricamente altos. Los déficit gubernamentales continúan elevándose en muchos países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), y no se alientan en forma suficiente niveles más altos de inversión y productividad. En consecuencia, no podemos arriesgarnos a sentirnos satisfechos.

Las grandes diferencias de los costos de producción entre los países industriales y los en desarrollo brindan

una excelente oportunidad para estimular la eficiencia económica y los ingresos reales más elevados mediante el comercio. Es difícil imaginar cómo los países industriales podrán lograr una expansión económica sostenida sin el estímulo a largo plazo para aumentar la productividad que resulta de la liberalización del comercio. La muy alta tasa de desempleo, sin embargo, ha fortalecido las presiones proteccionistas.

No puede sobrestimarse lo que representa el comercio para los países en desarrollo. El comercio abierto y en expansión ha sido decisivo para el rápido crecimiento que muchos países en desarrollo han logrado en la última generación. La mejor manera de que estos países reactiven sus economías ahora —y la única manera de que las naciones endeudadas finalmente superen sus dificultades financieras— estriba en el aumento de las exportaciones. La ampliación de las oportunidades comerciales entre los países en desarrollo es sumamente conveniente, pero el mayor acceso a los mercados del mundo industrial es absolutamente indispensable.

Es cierto que muchos de los aumentos de las restricciones comerciales se han concentrado en los propios países industriales, y en especial en la industria automotriz y del acero. Pero muchas restricciones también perjudican a las exportaciones de los países en desarrollo, como los textiles y los productos agrícolas. La persistencia de estas medidas ha comenzado a hacer que el proteccionismo en general parezca más aceptable.

Pero *no* es aceptable. El proteccionismo se propaga como el cáncer, destruyendo los tejidos mismos del comercio mundial que durante tres decenios ha sido la fuerza sustentadora del desarrollo del Tercer Mundo.

Es un cáncer que debe extirparse.

Las medidas proteccionistas adoptadas durante la reciente recesión deben eliminarse, y es preciso —de hecho, es fundamental— volver a captar el impulso de las medidas de liberalización del comercio de los años sesenta y setenta.

Si la recuperación de la actual recesión es sólida y duradera, y si las economías de los países en desarrollo se adaptan en forma realista a fin de enfrentar las cambiantes condiciones económicas, consideramos factible una tasa de crecimiento anual del producto interno bruto (PIB) de 5,5% para los países en desarrollo como grupo en el próximo decenio. Esta será una meta difícil de alcanzar, pero vale la pena esforzarse por lograrla.

Se requieren con urgencia reformas económicas y de política para asegurar que todos los países puedan aprovechar mejor sus ventajas comparativas y mejorar su desempeño. No puede ocultarse el hecho de que estas reformas serán penosas, especialmente para los países en desarrollo, que luchan por ajustarse a los efectos de la recesión.

Debemos preguntarnos: ¿Cuánta presión se puede esperar que toleren estas naciones? ¿Hasta dónde puede obli-

garse a los más pobres a reducir sus ya muy bajos niveles de vida? ¿Qué grado de flexibilidad tienen los sistemas políticos y las instituciones en estos países frente a condiciones que empeoran paulatinamente? No tengo las respuestas a estos importantes interrogantes. Pero si se apremia excesivamente a estos países y se les exige demasiado sin el suministro de asistencia considerable para sus esfuerzos de ajuste, tendremos que enfrentar las consecuencias. Estas consecuencias seguramente entrañarán un costo en términos de sufrimiento humano e inestabilidad política que a largo plazo tendrán que sufragar ellos mismos y el resto del mundo, y que bien puede resultar mucho mayor que el costo de ayudarlos ahora.

Es imprescindible que la comunidad internacional contribuya a crear las condiciones que no solo permitan aplicar estas reformas y ajustes sino también que sean lo menos penosas posible y que garanticen una corriente adecuada de recursos externos a los países en desarrollo en forma sostenida.

La recuperación duradera en el mundo industrial, la eliminación de las medidas proteccionistas y la reactivación del impulso anterior de liberalización del comercio ciertamente contribuirán a que el intercambio mundial y el crecimiento económico vuelvan a una senda firme. Pero no serán suficientes para asegurar que los países en desarrollo recuperen la tasa de crecimiento que habían alcanzado antes. La recesión ha provocado cambios estructurales en los sistemas del comercio mundial que no redundan en beneficio de los países en desarrollo. Además, el comercio mundial bien puede crecer más lentamente en los años venideros que en los anteriores a la recesión, lo que significa un crecimiento más lento de las exportaciones de los países en desarrollo. Aun cuando pueda preverse que estos países aumentarán su participación en el comercio mundial en el futuro, sigue siendo un hecho que el comercio por sí solo nunca ha generado ni nunca generará suficientes recursos. Las naciones en desarrollo siempre han necesitado una corriente continua de capital externo, y en estos momentos, para que el desarrollo adquiera impulso nuevamente, deberá destinarse también una corriente considerable de capital extranjero a las naciones más pobres.

¿Pero de dónde habrá de provenir este capital?

Entre 1970 y 1980 los préstamos privados a los países en desarrollo se elevaron a una tasa media de 14% al año en términos reales, y proporcionaron alrededor de la mitad de las corrientes de capital a mediano y largo plazo durante el periodo. No obstante una disminución de la tasa de crecimiento de los préstamos comerciales en 1981 y 1982, la proporción de la deuda de mediano y largo plazo que los países en desarrollo debían a los prestamistas privados alcanzó un nivel estimado de dos terceras partes de la deuda total pendiente a fines de 1982.

Los bancos comerciales están preocupados de si la liquidez de sus deudores será suficiente para cubrir las amortizaciones de todos sus préstamos. El atender el ser-

vicio de la deuda de más de \$ 500.000 millones plantea un problema ingente. Si el sistema bancario en general continuara proporcionando nuevo financiamiento en forma prudente, el problema se aliviaría considerablemente. Pero si los bancos pierden la confianza y provocan un retiro general, las consecuencias podrían ser desastrosas.

Las medidas concertadas adoptadas por las instituciones internacionales, en especial por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco de Pagos Internacionales, y por algunos gobiernos de países industriales, debieran ayudar a los principales bancos a optar por mantener y no reducir sus nuevos préstamos. El reciente enfoque a la reestructuración de la deuda que comprende la combinación de fondos de estas instituciones, algunos gobiernos y los bancos privados, es motivo de renovada confianza.

El FMI ha sido y continúa siendo la primera línea de defensa mundial contra las reducciones súbitas y perjudiciales de la actividad económica debido a problemas de balanza de pagos. Es indispensable que se le suministren los recursos para continuar desempeñando esta función esencial.

Reconozcamos, sin embargo, que los problemas de algunos importantes prestatarios han hecho disminuir la confianza de los bancos comerciales internacionales y han desacelerado la tasa de crecimiento de sus préstamos en forma considerable. Cabía esperar cierto grado de desaceleración, pero el descenso de la tasa de aumento registrado en 1982 fue espectacular. Además, datos preliminares correspondientes a los primeros meses de 1983 indican que el volumen de nuevos préstamos continúa disminuyendo. La disponibilidad de capital comercial, incluso para algunos países en desarrollo que han logrado buenos resultados, es menor, y existe el peligro de que leyes o reglamentaciones faltas de visión obligarán aún a los bancos comerciales dispuestos a ampliar sus operaciones financieras en el exterior a reducirlas. Estas medidas inevitablemente perjudicarán la recuperación económica del Tercer Mundo, y cabe señalar que también perjudicarán a los países industriales que necesitan mercados en expansión para continuar el proceso de recuperación.

El capital privado internacional es fundamental para el proceso de desarrollo, tanto en forma de inversiones directas como préstamos comerciales. Los préstamos restringidos de los bancos comerciales, junto con tipos reales de interés elevados, hacen que las inversiones extranjeras directas resulten más atrayentes y revistan más importancia para los países en desarrollo. Estas inversiones deben fomentarse para complementar los recursos empresariales de cada país.

En la Corporación Financiera Internacional tenemos un instrumento para ayudar a acelerar este proceso. La CFI tiene una responsabilidad especial dentro de la familia del Banco para actuar como agente catalizador del desarrollo del sector privado reuniendo capital, tecnología y conocimientos empresariales. Un aspecto importante de esta

función consiste en estimular a otros prestamistas e inversionistas infundiendo una confianza que de otra manera podría no existir.

Este año marca el final del programa quinquenal que inició la CFI en el ejercicio de 1979. Tras el aumento de capital aprobado por la Junta de Gobernadores en 1977, la CFI inició un ambicioso programa destinado a ampliar y reorientar su impacto en el proceso de desarrollo. A pesar de un ambiente económico muy difícil, se han cumplido o superado la mayoría de las metas cuantitativas y cualitativas fijadas hace cinco años. El volumen de las inversiones en dólares constantes aprobadas por cuenta propia de la CFI aumentó a razón de 12% al año. El centro geográfico de sus actividades cambió a fin de reflejar la preocupación creciente de la Corporación por atender las necesidades de los países de bajos ingresos. Africa, región a la que había correspondido el 12% de las inversiones netas de la CFI en los cinco ejercicios anteriores, recibió el 18% en el período del programa que acaba de terminar.

La función catalizadora de la CFI queda bien demostrada por el hecho de que, con inversiones totales de casi \$ 2.000 millones realizadas por su propia cuenta durante el período del programa, la relación entre las inversiones movilizadas de otras fuentes y las contribuciones de la CFI fue de seis a uno. Cada dólar adicional invertido en la CFI por sus accionistas en este período hasta ahora ha contribuido a movilizar \$ 35 de inversiones privadas adicionales en los países miembros en desarrollo.

La demanda de recursos y servicios de la CFI aumenta continuamente. El incremento de las inversiones en proyectos que requieren cuantiosos volúmenes de capital y prolongados períodos de gestación impondrá una pesada carga a los recursos propios de la Corporación. Por consiguiente, solamente podrá actuar en forma apropiada si se amplía su base de capital. En los próximos meses, por lo tanto, propondré a la Junta de Directores un aumento del capital de la Corporación de \$ 750 millones. La función del sector privado en el esfuerzo de los países en desarrollo por recuperar el impulso del desarrollo es cada vez más importante, y el fortalecimiento de la CFI le permitirá prestar mayor ayuda en ese proceso.

Con todo, la aceleración de las inversiones extranjeras directas tomará tiempo, y estas inversiones representaron sólo el 18% de las corrientes netas totales de capital en 1982. Las inversiones extranjeras directas pueden sustituir marginalmente a los empréstitos, pero no pueden aumentar con la rapidez suficiente para compensar la actual desaceleración general de los préstamos comerciales.

Dadas las perspectivas del comercio, las tendencias de los préstamos comerciales y las crecientes necesidades de los países en desarrollo, el mensaje que surge es claro: la importancia de las corrientes de capital oficial es ahora mayor que nunca.

Por lo tanto, permitanme referirme ante todo al elemento concesionario de las corrientes oficiales, o asistencia ofi-

cial para el desarrollo (AOD), y seguidamente al elemento no concesionario de las corrientes oficiales.

Las corrientes de AOD no han aumentado a principios del decenio de 1980. En términos reales, se estima que las corrientes de AOD a los países en desarrollo registraron aproximadamente el mismo nivel en 1982 que en 1980. El Comité de Asistencia para el Desarrollo (CAD) de la OCDE actualmente proyecta un incremento en términos reales de la AOD proveniente de sus países miembros del orden de solo el 2% al 3% anual en los próximos años, lo que está muy por debajo de la tasa de aumento del último decenio.

Los países de bajos ingresos necesitan desesperadamente corrientes de AOD puesto que no tienen acceso a un volumen considerable de empréstitos comerciales y tampoco están a su alcance las condiciones de estos empréstitos. Sin embargo, durante más de un decenio solo un 30% del total de la AOD bilateral se ha asignado a los países de bajos ingresos. Es terrible que los más necesitados reciban tan poco en términos tanto absolutos como relativos. Estas naciones tienen problemas especiales y apremiantes, como bien sabemos todos los que estamos aquí reunidos. Sin embargo, los argumentos económicos irrefutables en favor de encauzar una proporción mayor de asistencia bilateral a estos países continúan cayendo en oídos en su mayor parte sordos.

Los argumentos en pro de mejorar tanto la cantidad como la asignación de la AOD no pueden impugnarse. Los países que proporcionan un volumen de AOD bastante inferior al promedio actual de los miembros del CAD de 0,39% del producto nacional bruto (PNB) deben aumentar sus corrientes de AOD en términos reales a un ritmo más rápido que el de aumento de su PNB. La AOD es actualmente tan baja —como proporción del gasto público— que el sostener que las presiones presupuestarias impiden cualquier aumento significativo, e incluso justifican reducciones, es un argumento difícil de aceptar.

Deseamos felicitar a aquellos países donantes que rechazan ese argumento y elevan su asistencia más rápidamente de lo que crece su PNB, así como a los que han mantenido sin cejar sus altos niveles de ayuda. Al mismo tiempo, instamos a los países que no han tenido un desempeño tan bueno en este aspecto a que emulen a sus iguales más previsores.

Esta *no* es una cuestión de caridad. Es un problema de interés nacional en una economía mundial interdependiente. Me niego a creer que sea de tal complejidad que las naciones ricas y poderosas no pueden ver dónde radican sus propios intereses y reconocer las razones políticas, comerciales y de seguridad para hacer más en esta esfera.

Para muchos que desean que se ayude a estos países de bajos ingresos es argumento suficiente saber que hay cientos de millones de personas que viven en ellos con niveles de vida inaceptablemente bajos. Pero también está el argumento de que estas naciones de bajos ingresos representan un vasto mercado posible de bienes y servicios, siempre que su potencial pueda hacerse realidad.

Otros países en desarrollo, actualmente en las primeras etapas de industrialización e importantes socios comerciales del mundo industrial, se encontraron una vez en condiciones igualmente marginadas. Pero el mundo industrial los ayudó cuando marchaban por el difícil camino hacia la realización de su potencial.

¿Por qué, entonces, vacilamos en hacer lo mismo para los países de ingresos bajos de hoy día?

En el Banco Mundial somos los primeros en reconocer que se trata de una tarea de enorme magnitud. Estamos conscientes de que el ambiente económico mundial es ahora mucho menos hospitalario que aquél en el que muchos países en desarrollo progresaron en los decenios anteriores. Pero se subestima la capacidad de la comunidad internacional para solucionar estos problemas y se la priva de apoyo.

Aún no es demasiado tarde para traducir esa capacidad en un esfuerzo importante para acelerar el crecimiento y reducir la pobreza de los países de bajos ingresos. Pero la dilación debe terminar, y ahora mismo. La privación económica de las naciones más pobres es una bomba de tiempo que avanza, y nos demoramos en desactivarla a costa de nuestro propio riesgo.

Sin olvidar que hay países de bajos ingresos en otras regiones en condiciones igualmente difíciles, los países de África al Sur del Sahara ilustran elocuentemente la necesidad de un amplio apoyo internacional para el arduo esfuerzo de ajuste. La recesión ha acelerado la disminución de los niveles de vida que comenzó en los años setenta. Para la región en general, el PIB permaneció estancado en 1981 y 1982 y, por consiguiente el ingreso *per-cápita* continuó descendiendo. Dado que la producción durante muchos años aumentó con mucha menor rapidez que la tasa de crecimiento de la población, la difícil situación de estos países se torna progresivamente más desesperada.

Permítanme señalar aquí que no obstante los considerables progresos logrados en la mayoría de los países asiáticos y en muchos otros de ingresos medianos en cuanto a reducir las tasas de crecimiento de la población, la batalla está lejos de haberse ganado, en especial en África al Sur del Sahara. Si esa región pudiera igualar la tasa de natalidad de los países asiáticos de bajos ingresos, su tasa de crecimiento demográfico disminuiría en 40%. La repercusión directa en el ingreso *per-cápita* sería espectacular y el menor crecimiento de la población permitiría que se invirtieran recursos para mejorar la productividad y el bienestar, en lugar de tener que utilizarlos para atender a un número creciente de personas.

Hay cada vez más conciencia en África de la necesidad de adoptar medidas para utilizar más eficientemente los recursos y los sectores productivos de sus economías. Aplaudimos los esfuerzos que se realizan en muchos países para efectuar los cambios de política necesarios. Sentimos que tenemos la ineludible obligación de continuar instando a nuestros miembros prestatarios a llevar a

cabo las amplias reformas económicas y tomar las medidas de política que claramente se requieren para detener el proceso de descenso económico y promover el crecimiento. Pero en la actual crisis, ni el grado ni la rapidez con que se apliquen los programas modificados en los países de África al Sur del Sahara pueden invertir la tendencia descendente de los ingresos *per-cápita*. Una mayor asistencia externa es fundamental para lograr ese objetivo. Es preciso suministrar apoyo para las primeras etapas de puesta en práctica de las reformas de política, y debemos reconocer que el nivel de ayuda externa que los gobiernos puedan esperar también contribuye a su decisión de si inician o no programas importantes de reformas.

Puede resultar tentador creer que un aumento espectacular en uno o dos años de la asistencia a África permitirá que estas naciones superen sus dificultades. Pero no es realista hacerlo. Las reformas necesarias de política tendrán que escalonarse a través de muchos años, y sus efectos beneficiosos en las estructuras de las economías, la producción, los presupuestos, las balanzas de pagos y las vidas humanas se manifestarán solamente en años futuros.

¿Debemos volver la espalda a estos países que procuran ajustar sus economías? ¿Dejamos simplemente que las presiones económicas mundiales socaven sus esfuerzos? ¿Quién en este auditorio abogará en favor de tal actitud?

La asistencia externa no solo debe aumentar marcadamente, sino que también debe mantenerse durante muchos años.

Sin lugar a dudas nuestra institución afiliada, la AIF, que es la fuente de asistencia multilateral en condiciones concesionarias de mayor envergadura, tiene una función decisiva que desempeñar en este ámbito.

La eficacia de la AIF como institución que atiende a los países de bajos ingresos no puede ponerse en tela de juicio. El 90% de sus fondos se destina a estos países, en comparación con alrededor del 30% de los programas de ayuda bilateral. Cincuenta y un países actualmente dependen de la AIF. Pero en sus 23 años de operaciones, 27 países que fueron una vez prestatarios de sus fondos han visto fortalecerse sus economías al punto que pueden recurrir al BIRF y a otras fuentes de financiamiento en condiciones más gravosas. Algunos de ellos están hoy entre los 33 países que aportan recursos a la Asociación.

Pero el valor de la AIF no solo estriba en su capacidad para transferir capital en condiciones concesionarias para fines de inversiones productivas. El diálogo continuo sobre la política económica entre prestamista y prestatario crea una relación y consigue resultados que a los organismos de ayuda nacionales les resulta difícil emular. Nuestros países prestatarios son testigos de que esta relación de la AIF puede contribuir a fortalecer las reformas económicas, aumentar la productividad y reducir la pobreza.

Para que la AIF desempeñe esta función esencial, en los países de África al Sur del Sahara y de Asia Meridional, y

en otros países miembros de bajos ingresos, debe contar con el apoyo decidido de la comunidad donante. Si la Asociación no dispone de fondos suficientes, las necesidades en aumento de nuestros países prestatarios quedarán sin satisfacer y las consecuencias de ello serán generalizadas y perjudiciales para todos.

No olvidemos que entre los miembros prestatarios de la Asociación están dos de los países más populosos del mundo, la India y China, donde viven más de 450 millones de las personas que están sumidas en la pobreza absoluta en el mundo. Cada uno realiza esfuerzos de gran alcance por lograr su pleno potencial, pero las reformas y programas necesarios conllevan costos considerables que requieren un gran volumen de financiamiento externo al alcance de sus posibilidades y sobre una base sostenida. Sin embargo, las corrientes de AOD per-cápita para China y la India son en verdad muy reducidas. Las relaciones del servicio de la deuda de ambos países son actualmente bajas, pero su capacidad para absorber una mayor cantidad de deudas en condiciones no concesionarias es limitada. Sus economías todavía carecen de la capacidad para generar el volumen de divisas necesario para atender una deuda comercial de envergadura. Con tantas personas que aún viven a niveles de subsistencia en esos países, hay pocas esperanzas de que aumente rápidamente su ahorro interno más allá de los altos niveles ya alcanzados.

Para llevar a cabo las inversiones necesarias en infraestructura física y social, que son de gran escala e involucran largos períodos de gestación, es fundamental una corriente continua de asistencia financiera en condiciones concesionarias a ambos países. Los ajustes de política tendientes a mejorar la flexibilidad y la eficiencia de sus economías continuarán precisando el puntal del financiamiento y asesoría que el Banco Mundial ha proporcionado durante el largo tiempo a la India y que recién ha comenzado a proporcionar a China. El suministro a estos dos países de apoyo significativo es otra razón poderosa que obtengamos un nivel adecuado de recursos para la AIF.

Sin embargo, existen ahora dudas acerca de las perspectivas de la AIF. Se están llevando a cabo prolongadas y difíciles negociaciones acerca de la séptima reposición de sus recursos, que abarcará el trienio que termina el 30 de junio de 1987. Es imprescindible que lleguemos a un acuerdo sobre la reposición a fines de este año civil. Si no lo logramos, no será posible que los donantes realicen los trámites legislativos necesarios para impedir una interrupción en la facultad para contraer compromisos de la AIF en el próximo mes de julio.

En la reciente reunión de los Suplentes de la AIF en Tokio, explicamos los argumentos en favor de una reposición de recursos de \$ 16.000 millones. No es necesario que entre en detalles en esta oportunidad. Pero una reposición de \$ 16.000 millones proporcionará apenas un monto moderado de recursos para que nuestros dos países miembros más grandes de bajos ingresos complementen sus empréstitos

del Banco en la mayor medida posible, y para los demás países de ingresos bajos les significará solo un aumento marginal en términos reales. No hará posible volver a conceder créditos de la AIF a los países que se "graduaron" de la institución pero cuyas economías siguen siendo excesivamente frágiles y tienen una capacidad limitada para obtener fondos en préstamos en condiciones no concesionarias.

No se puede eludir el hecho de que el monto es de envergadura en cuanto a las cifras, pero es pequeño en términos de lo que se necesita para apoyar programas eficaces de desarrollo y de cambios de política. Si bien algunos donantes han manifestado que tienen dificultades con este nivel de reposición, otros están dispuestos a apoyar una reposición de esta magnitud, o cercana a ella, no obstante sus propios problemas presupuestarios.

Sin embargo, para alcanzar un acuerdo pronto y evitar la interrupción de las operaciones de la AIF, esta última etapa de las deliberaciones requiere la adopción de decisiones a nivel político por los principales donantes. Exige la voluntad de su parte para transigir y apartarse de posiciones anteriores a fin de llegar a una solución que sea algo más que la simple aceptación del denominador común más bajo. Si predomina este espíritu, estoy convencido de que puede llegarse a un acuerdo sobre una reposición de recursos de la AIF que aunque no sea de la magnitud que se requiera ni tampoco del volumen que pudiera utilizarse eficazmente, constituya no obstante una respuesta apropiada a las necesidades fundamentales de nuestros países miembros de ingresos bajos.

La disminución en términos reales de los recursos de la AIF por debajo de los niveles registrados en años recientes constituiría un golpe terrible para los países más pobres. ¿Tiene realmente sentido hablar en términos de retroceso con respecto a niveles anteriores de reposición cuando están aumentando las necesidades de los prestatarios regulares de la AIF y cuando la nación más populosa del mundo ha hecho elevar el número de estos prestatarios?

Es sensato desde un punto de vista económico —y prudente en el plano político— no permitir que los programas de asistencia para el desarrollo a los países de ingresos bajos se debiliten y disminuyan. En este periodo de incertidumbre económica mundial, no solo los mismos países de ingresos bajos los que deben temer las terribles consecuencias de su propio retroceso económico. El mundo entero debería temerlo, y en no menor grado los países donantes. Para ellos, las consecuencias económicas, políticas y estratégicas de la declinación crónica de los países más pobres ciertamente serán graves.

Redunda en interés de todos que la AIF pueda aprovechar al máximo sus posibilidades. Todos los aquí reunidos reconocemos que la práctica de moderación presupuestaria por los gobiernos del mundo industrial constituye un factor importante para asegurar una recuperación durade-

ra de la economía mundial. Los déficit desenfrenados y los tipos de interés altos pueden muy rápidamente hundirnos otra vez en la recesión. Pero dentro de las limitaciones generales que dicta la prudencia, sin duda debe haber una ordenación sensata de prioridades. Al considerar la seguridad mundial, cada gobierno, sea de un país desarrollado o de uno en desarrollo, haría bien en preguntarse si cada millón adicional de dólares que se invierte en gastos militares compra el equivalente de seguridad mundial a largo plazo que cada millón adicional de dólares invertido en el desarrollo económico del Tercer Mundo.

No me cabe duda de cuál es la respuesta a ese interrogante. Sin embargo, mientras aguardamos esperanzadamente señales de realismo en la ordenación de las prioridades, el volumen total de los presupuestos militares del mundo se eleva más y más. Entre tanto, la lucha por obtener un aumento moderado de la asistencia económica, que representaría una fracción insignificante de los gastos militares, se hace cada vez más difícil.

La AIF no debe ser víctima ni soportar la peor parte de los efectos de las reducciones presupuestarias. Tampoco hay razón alguna para que el BIRF se encuentre en situación similar. Sin embargo, en una época en que los prestatarios del Banco acuden a él en busca de la mayor asistencia para satisfacer sus crecientes necesidades, se mantiene frenada la capacidad de la institución para responder con un programa crediticio ampliado. Es esencial que la capacidad del BIRF se utilice plenamente.

Si uno observa la gama de problemas, agravados por la recesión, que enfrentan nuestros países miembros en desarrollo —dificultad para incrementar rápidamente sus ingresos de exportación a fin de atender el servicio de la deuda; estancamiento de la asistencia oficial para el desarrollo; incertidumbre respecto de los niveles futuros de las corrientes de capital comercial— hay algo que resulta evidente: una institución en la que los mercados de capital demuestran diariamente su confianza es una institución que puede y debe servir de intermediaria respecto de recursos mucho más cuantiosos.

Conocemos nuestra sólida posición en los mercados de capital. La cifra sin precedentes de empréstitos de \$ 10.300 millones en el ejercicio económico de 1983 es prueba suficiente. Pero la justificación de un programa crediticio ampliado no surge simplemente de nuestra capacidad para movilizar recursos financieros. Esa capacidad solo nos permite realizar lo que, por otras razones, sabemos que debemos hacer.

El argumento para conceder más préstamos se deriva directamente de las necesidades legítimas y crecientes de nuestros miembros prestatarios. Recientes experiencias demuestran que los países en desarrollo están dispuestos a efectuar cambios importantes en sus economías a fin de adaptarse al distinto ambiente económico mundial. Reconocen que sin esta reestructuración no les será posible mantener niveles apropiados de crecimiento.

También reconocen, al igual que a todos nosotros, que los ajustes económicos son costosos, en términos políticos como financieros. Toma tiempo que se reestructuren los procesos de producción, que se movilice la de mano de obra y el capital y que se modifiquen los esquemas de consumo. En las primeras etapas la reestructuración puede ir acompañada de una disminución de los ingresos reales, y la liberalización de los sistemas comerciales bien puede requerir divisas adicionales. Es una época en que los empréstitos posiblemente sean de importancia fundamental. El capital con los tipos de interés razonables y los vencimientos de los préstamos del BIRF puede contribuir a satisfacer esa necesidad. Si el Banco ha de efectuar una contribución eficaz al mejoramiento de las políticas públicas y la confianza privada en sus países prestatarios, sus recursos deben acompañar a sus consejos.

En el pasado, el Banco ha tenido la capacidad y los recursos para responder a las necesidades en aumento de sus prestatarios con niveles continuamente crecientes de préstamos. Los compromisos del BIRF aumentaron un 7% al año de 1970 a 1980, y un 11% al año en 1981 y 1982. Pero este ritmo se ha desacelerado hasta llegar a incremento real de cero durante los ejercicios de 1983 y 1984. La administración del Banco ha propuesto que sus operaciones aumenten a razón de 5% al año en términos reales a partir del ejercicio de 1985. Pero esta proporción representa una desaceleración considerable del crecimiento del BIRF en comparación con los últimos años.

Con un incremento de 5% los desembolsos netos durante el período aumentarían a cerca de \$ 6.900 millones en el ejercicio de 1985, pero disminuirían de ahí en adelante. Esto no permitirá al Banco efectuar la labor que realmente debe desarrollar en lo que resta de este decenio.

Aun con una tasa de crecimiento tan baja del 5%, debemos mirar al futuro para estimar la magnitud de las necesidades de capital del Banco a más largo plazo. Las señales son claras: el Banco requerirá una base de capital considerablemente mayor. En el plazo inmediato, un aumento moderado contribuirá a impedir que el programa financiero del BIRF descienda incluso por debajo de los niveles actualmente planificados.

Por lo tanto, como primera medida, estamos efectuando consultas con el Directorio Ejecutivo acerca de un aumento selectivo del capital, paralelo a la octava revisión general de cuotas en el Fondo. Tal aumento selectivo no contribuirá mucho a facilitar una ampliación en términos reales de nuestras operaciones crediticias. Su finalidad básica consiste en realinear los derechos de voto de los miembros del BIRF de manera compatible con precedentes y prácticas anteriores siguiendo el aumento de las cuotas en el Fondo. Al hacerlo, nos interesa también asegurar el trato justo de todos los miembros cuyas posiciones relativas cambiarán como resultado de las asignaciones de suscripciones de capital.

En consecuencia, para que el Banco desempeñe una función eficaz en el decenio de 1980 se requerirán medidas adi-

cionales para aumentar su capital. En este período de incertidumbre económica, en que los países continuarán luchando con problemas de ajuste y de endeudamiento, en que hay necesidad urgente de restablecer los niveles de inversión y reanudar el crecimiento, y que la capacidad y la disposición de la banca comercial para ampliar sus préstamos a los países en desarrollo están en tela de juicio, no debemos permitir que persista ninguna incertidumbre acerca de la capacidad del Banco para apoyar adecuadamente los esfuerzos de desarrollo de sus miembros.

Por lo tanto debemos comenzar a actuar inmediatamente, en este ejercicio económico de 1984, a fin de elaborar el marco para el próximo aumento general del capital, de modo que puedan convenirse y terminarse las negociaciones antes de fines del ejercicio de 1986.

Apelo a ustedes, los accionistas, a que apoyen estas iniciativas, confiando en que reconocen que este vuestro Banco es una institución extraordinaria y singular.

Es una institución *sólida*. Su historial de 37 años de inversiones productivas, junto con su reputación de administración financiera conservadora. Le ha dado un prestigio sin par en los mercados de capital. Nuestra capacidad para obtener empréstitos a los tipos de interés más favorables nos ha permitido efectuar tres reducciones del tipo de interés sobre los préstamos desde el 30 de junio de 1982, rebajándolo de 11,6% a 10,47%. Mientras tanto, nuestras inversiones líquidas aumentaron de \$ 9.400 millones a fines del ejercicio de 1982 a \$ 13.200 millones a fines de 1983.

Es una institución *rentable*. En los últimos tres ejercicios, los ingresos netos han registrado un promedio de \$ 650 millones. En el curso del ejercicio de 1983, que produjo ingresos netos sin precedentes, en dos ocasiones pudimos reducir la comisión inicial sobre los nuevos préstamos, de 1,5% a 0,75% en diciembre de 1982 y nuevamente a 0,25% en marzo de 1983.

Es una institución *innovadora*, que busca constantemente los medios de adaptarse a las necesidades cambiantes de sus miembros sin abandonar los principios fundamentales en base a los cuales siempre ha funcionado. La recesión impuso nuevos y difíciles problemas a la mayoría de nuestros países miembros en desarrollo, por lo que iniciamos un Programa de Acción Especial destinado a acelerar los desembolsos y fortalecer nuestro diálogo sobre políticas económicas.

Al tratar el mundo en desarrollo de obtener más inversiones comerciales del mundo industrial, el Banco fortaleció su función como agente catalizador introduciendo innovadores instrumentos de cofinanciamiento en enero del presente año. Las oportunidades para iniciar nuestro nuevo programa de préstamos de tipo "B" sobre una base experimental no surgieron hasta después del cierre del ejercicio. Este programa tiene dos objetivos principales: en primer lugar, facilitar fondos adicionales a los países con destino a inversiones de elevada prioridad, y propor-

cionar acceso a fondos que de otra manera no se facilitarían. En segundo término, fomentar la extensión de los vencimientos y los periodos de gracia que ofrecen los prestamistas comerciales y asegurar así una mejor correspondencia entre la amortización del préstamo, el proyecto y la capacidad de reembolso del prestatario. Estimamos que estas nuevas técnicas serán sumamente atractivas para el prestatario y el coprestamista.

Vuestro Banco está asimismo *bien informado*. Nuestras relaciones de trabajo de larga data con los países miembros en desarrollo, junto con el continuo diálogo sobre políticas económicas, se aúnan para hacer del Banco una fuente única de conocimientos acerca de las economías de los países en desarrollo. Al compartir estos conocimientos, podemos ayudar a los países a evaluar los empréstitos externos en relación con sus políticas y perspectivas económicas, y al facilitar el acceso a esta información sobre la deuda y el desarrollo, podemos contribuir a estabilizar los mercados internacionales de capital y fomentar un mayor volumen de préstamos comerciales.

Por último, creo sinceramente que esta institución es *respetada*. No pretenderíamos nunca ser la fuente de toda sabiduría o un oráculo de infalibilidad. Pero nuestra experiencia acumulada y la capacidad de nuestro personal multinacional altamente calificado y dedicado son ampliamente reconocidas. Se nos escucha no solo porque tenemos algo valioso que comunicar, sino también porque insistimos en que el asesoramiento por sí solo no es suficiente, en que la ayuda material debe a menudo acompañarlo para que se concrete efectivamente. Además, tanto las naciones donantes como las receptoras recurren al Banco Mundial en busca de más asistencia para la coordinación internacional de la ayuda. A través de nuestro sistema de grupos consultivos continuaremos prestando toda la asistencia que podamos en este ámbito.

Una institución sólida, rentable, innovadora, bien informada y respetada. Pero subutilizada.

Esto es lo difícil de aceptar.

Con vuestra ayuda podemos contribuir mucho más al esfuerzo internacional en pro del desarrollo. Necesitamos vuestro apoyo para la reposición de recursos de la AIF y los aumentos de capital del BIRF y la CFI a fin de que estas instituciones puedan hacer esa contribución adicional.

Señor Presidente:

Durante los decenios de 1960 y 1970, las instituciones financieras multilaterales demostraron su eficacia para servir de intermediarias en una economía mundial cada vez más compleja y en un ambiente de desarrollo con crecientes exigencias. No siempre fueron entusiastamente aplaudidas, pero al final siempre recibieron apoyo, sin ese apoyo no habrían podido hacer lo que hicieron.

Este apoyo se requerirá aún más en el decenio de 1980. En medio de las tensiones que ha venido experimentando la economía mundial en general y el sistema financiero in-

ternacional en particular, es indispensable que el Banco, la AIF y la CFI sigan creciendo y evolucionando la respuesta a las necesidades cambiantes de un mundo en proceso de transformación. En una época de recursos limitados, compleja interdependencia y ajustes de vasto alcance, esto será posible con el apoyo cabal de todos sus miembros.

Esta es la manera en que han evolucionado todas las instituciones valiosas, y es como nuestras instituciones deben continuar haciéndolo.

La diversidad creciente de la economía mundial y la interdependencia en aumento de sus numerosos elementos plantean un enorme desafío al FMI y al Banco Mundial y sus afiliadas, en cuyo nombre estamos aquí reunidos esta semana. En consecuencia, la comunidad internacional debe meditar cuidadosamente sobre estos interrogantes:

¿Apoyamos vigorosamente su ulterior evolución y el fortalecimiento de su capacidad para lograr el objetivo para

el que fueron creadas? ¿O dejamos a estos instrumentos únicos en su género insuficientemente preparados para enfrentar los desafíos del mañana?

¿Cuál ha de ser el destino de estas instituciones?

Depende de ustedes y de las decisiones que adopten.

En la primera parte de este siglo, un estadista norteamericano, William Jennings Bryan, se refirió así al destino: "El destino no es un asunto de suerte, es un asunto de elección. No es algo que hay que esperar, sino algo que hay que lograr".

Señor Presidente, señores Gobernadores y Ministros, señoras y señores:

Las vidas de cientos de millones de personas en el Tercer Mundo serán afectadas, para bien o para mal, por el destino que ustedes elijan para estas instituciones. Ustedes deben elegir, y elegir bien.

Sé que lo harán.